

## Enrique Molina - Irma Salas

### DISCURSOS SOBRE EL PLAN DE RENOVACIÓN DE LA EDUCACIÓN SECUNDARIA



EN enero del presente año funcionaron en la Universidad de Concepción, Cursos de Perfeccionamiento para profesores secundarios organizados por la Comisión de Renovación Gradual de la Enseñanza Secundaria y con la cooperación de la Universidad de Chile y de nuestra Universidad. Asistieron a dichos Cursos alrededor de cuatrocientos profesores.

Los cursos se iniciaron con un acto inaugural celebrado el domingo 12 de enero en el Teatro de la Universidad que fué presidido por el señor Ministro de Educación Pública, don Alejandro Ríos Valdivia y al cual concurrieron además, el Secretario General de la Universidad de Chile, señor Enrique Marshall, el representante de la Facultad de Filosofía y Educación de la misma Universidad, Dr. Yolando Pino Saavedra, el señor Director General de Educación Secundaria don Fidel Iturra, los miembros de las comisiones organizadoras de Santiago y Concepción, los profesores matriculados en los cursos y numeroso público.

En el acto hicieron uso de la palabra el Rector de la Universidad de Concepción don Enrique Molina, la Presidenta de la Comisión de Renovación señorita Irma Salas y el señor Director de Educación Secundaria, don Fidel Iturra.

La señorita Gilda Pavesi, alumna de la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción, amenizó el acto con hermosas piezas de piano y el señor Yolando Pino Saavedra puso término a él con bellas y adecuadas palabras.

Publicamos a continuación los discursos del señor Rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina y de la Presidenta de la Comisión de Renovación, señorita Irma Salas:

#### DISCURSO DEL SEÑOR ENRIQUE MOLINA

Señor Ministro de Educación Pública, señor Director General de Educación Secundaria, señorita Presidenta de la Comisión de Renovación de la Enseñanza, señores profesores:

Es para mí un honor hacer uso de la palabra en esta solemne ocasión y gustoso cumpro con el grato deber de daros en nombre de la Universidad de Concepción la más cordial bienvenida al llegar a nuestras aulas para iniciar jornadas tan promisoras para el progreso de nuestra educación nacional.

No es concebible una universidad que se desinterese de los problemas educacionales, no solamente de los del grado superior, que le son por su naturaleza propios, sino también de los correspondientes a todos los grados. Y esto puede menos ocurrir en una universidad como la de Concepción que inició sus actividades fundando una Escuela de Educación, que ha atendido con particular esmero, y dentro de la cual ha realizado el ideal de preparar en forma unitaria, armónicamente, bajo el mismo techo, profesores de primera y segunda enseñanza. No me corresponde a mí ahora entrar al fondo de las cuestiones de que se ocuparán los cursos del presente mes. Conforme al magnífico programa elaborado, ellas serán tratadas por profesores y especialistas eminentes, lo que, tanto por esta circunstancia como por el entusiasmo e inteligencia de maestros y discípulos augura a esta concentración el más completo éxito. Pero en estos

momentos no puedo apartar de mí el recuerdo de otros análogos que he vivido en mis largos años al servicio de la educación secundaria y en que inquietudes semejantes eran el *leit motiv* de nuestros espíritus. Trascendental fué la reforma que se llevó a cabo en 1892, un año antes de que saliéramos a trabajar los egresados del primer curso del Instituto Pedagógico. Ella consistió, como se sabe, en implantar el sistema concéntrico en reemplazo del antiguo sistema de ramos. Diez años más tarde, en 1903, se celebró un Congreso General de Enseñanza y por ese tiempo se acentuaron las críticas al Liceo en el sentido de que fuera demasiado intelectualista, libresco, verbalista, poco práctico y que no preparara a sus alumnos para la lucha por la vida. Las ideas de reforma no llegaron a concretarse entonces en actos del Gobierno. Prendieron sí en grupos de particulares que tomaron como modelo la educación inglesa y proyectaron fundar en Peñalolén, cerca de Santiago, hacia la cordillera un liceo por el estilo de Eton y demás *public schools* británicas. Como se ve, no se trataba de una reforma propiamente dicha sino de sentar un ejemplo de cierto carácter aristocrático. Sin embargo me referí a él en el mencionado congreso de 1903 y en un trabajo que lleva el título de «La Educación intelectual y la imitación inglesa» levanté muchos de los cargos que se formulaban contra el liceo e hice ver los errores en que incurrían los críticos al desvalorizar las fuerzas del espíritu y al considerar la educación inglesa totalmente desprovista de sentido intelectual.

La misma oposición entre las tendencias predominantemente prácticas y las mal llamadas intelectualistas se manifestó en el Congreso de Enseñanza de 1912, donde tuvo más relieve que en la ocasión anterior gracias sobre todo al libro de don Francisco Encina titulado «Nuestra inferioridad económica», publicado poco antes, que encontró mucho eco y aplauso en la opinión. El ilustre historiador, en forma muy unilateral, atribuía todos nuestros males y en particular los de orden económico, a la educación del liceo. Nuestros establecimientos de instrucción

secundaria han gozado de la abrumadora honra de que se les considere con la potencialidad necesaria para influir en forma decisiva en los destinos nacionales. Pero la verdad es que hay muchos otros agentes, otras situaciones, otras fuerzas que influyen en esos destinos y a menudo rebasan y sobrepasan la acción del liceo. Basta con enumerar al respecto el hogar, el ambiente social, los prejuicios tradicionales, los vicios de la raza, las agitaciones políticas, las guerras exteriores, las crisis económicas. Así dice con mucha razón en su informe del 3 de mayo de 1945 la Comisión designada para que estudie y proponga un plan gradual de renovación de la educación secundaria: «A este respecto, y en relación con las responsabilidades que razonablemente puede exigirse a la educación escolar, es preciso dejar en claro que la escuela es sólo una de las instituciones responsables del desarrollo individual y social, que su labor está condicionada por los recursos materiales y humanos de que se la dote, por la estructura de la sociedad y por los valores y aspiraciones imperantes en el medio en que actúa». Ese interesante informe está firmado por las señoritas Irma Salas S. y Ana Novoa C. y por los señores Martín Bunster, Daniel Novoa A., Arturo Piga D. y Oscar Vera L.

Rebatí entonces la tesis del señor Encina en tres conferencias que se publicaron poco después en un librito titulado «La Cultura y la Educación General». El distinguido profesor e historiador don Luis Galdames terció en el debate al lado del señor Encina y publicó con este motivo sus libros «La Educación Económica y el Liceo» y «Educación Económica e Intelectual».

He dicho recientemente que la tendencia intelectualista ha sido mal llamada así porque pienso que nadie ha concebido—jamás,—por lo menos tal ha sido mi sentir,—la función educadora llevada a cabo exclusivamente por el cultivo de la inteligencia, ni aún por el desequilibrado predominio de ella en el juego de los factores educacionales que deben obrar en armonía. La cul-

tura intelectual no la hemos entendido nunca separada de un sentido ético, social y humano: Hemos condenado la mera erudición y el enciclopedismo. Y, como núcleo de esta educación orgánica, hemos insistido siempre en la formación del carácter y en elevar el trabajo a la condición de algo imprescindible, venerable y santo.

Después del natural fracaso de las precipitadas tentativas llevadas a cabo en 1928 para transformar la enseñanza, nos encontramos con este bien meditado «Plan de renovación gradual» a cuyo lozano desarrollo asistimos y que viene realizándose por el Gobierno de la República, por eminentes maestros chilenos y con la valiosa cooperación de una comisión de competentes expertos norte-americanos enviados por la Fundación Interamericana de Educación.

Los principios y normas de la Renovación han sido admirablemente concebidos y perfectamente expresados, en forma amplia y comprensiva de todos los aspectos que debe considerar la educación general. Asimismo lo han sido las ideas básicas formuladas en el antes mencionado informe de 3 de mayo de 1945 emitido por la Comisión ya citada.

Pero detengámonos en algunos puntos de dicho informe.

En su número 9.º se dice: «El problema de la educación consiste, no en seleccionar una *élite*, a la cual prejuicios aun dominantes atribuyen una situación de privilegio o de especial prestigio en la sociedad sino en dar a cada uno el tipo de educación que habrá de equiparlo para ser un miembro útil de la colectividad de acuerdo con sus aptitudes». Salta a la vista que la segunda parte del párrafo, con la cual nadie en una verdadera democracia puede dejar de estar de acuerdo, es un desmentido de la primera, porque «el equipar a algunos para que sean miembros útiles de la colectividad de acuerdo con sus aptitudes» deberá conducir necesariamente, cuando éstas sean superiores, a la formación de una *élite*, y esto no sólo se compadece perfectamente con el concepto de democracia sino que establece una condición

vital para su buen funcionamiento y desarrollo. Así el liceo, como se ha dicho, abundando en las mismas ideas, no es para «un grupo selecto» porque sus puertas, dentro del concepto del máximum de oportunidades, deben estar abiertas para todos, pero tiene que conducir a la formación de «grupos selectos».

De acuerdo con las ideas del informe que acabamos de apuntar, sobre lo que podríamos llamar las puertas y el ámbito abiertos del liceo, la señorita Irma Salas, a quien estimo y admiro mucho, dijo en su interesante y conceptuoso discurso de Valparaíso: «Por la composición económico-social de su población escolar, el liceo está perdiendo rápidamente su carácter de una escuela de clase y debe convertirse en una escuela para el adolescente, con las consiguientes transformaciones de su finalidad, de su organización y de su contenido... El plan de Renovación se propone efectuar esta transformación y producir el ajuste entre la institución, todavía de estructura intelectualista y rígida y de carácter selectivo y aristocrático, y su población escolar, de extracción cada vez más popular y democrática y de variadas necesidades, intereses y capacidades».

Está muy bien llamar al liceo, como se hace en líneas anteriores, «escuela para el adolescente». El liceo toma al educando entre los doce y los diecinueve años, edad plástica en que se puede manifestar una vocación definitiva y en que se opera el inquietante despertar del joven a la vida sexual. La atención y el prudente cuidado sobre este proceso primaveral evitarán muchas tragedias en el resto de la existencia. Ambos aspectos son de importancia fundamental porque el trabajo y el amor constituyen los polos del eje alrededor del cual gira toda la vida de los hombres. Pero no considero una apreciación exacta decir del Liceo anterior al Plan de Renovación que ha sido una escuela de clase, de carácter selectivo y aristocrático. Tal vez tal aserto significa nada más que un tributo pagado sin querer a un clima ideológico del momento. Todos mis recuerdos pugnan contra ese juicio. No lo era el Liceo de La Serena, donde cursé humanida-

des en el promedio del decenio de 1880 ni lo fueron tampoco los liceos en que trabajé desde 1893, el de Chillán, el de Concepción, el de Talca. Todos han sido democráticos e igualitarios. Y tales condiciones de igualdad han subsistido como el hecho más natural. Aún en la última ciudad nombrada, en Talca, afamada por lo celosa que ha sido de sus ejecutorias y abolengos aristocráticos, las puertas del liceo estaban sin diferencia abiertas tanto para el hijo del acaudalado terrateniente y del opulento burgués, como para el niño proveniente del hogar modesto de un artesano o de un obrero. Y sin diferencias se sentaban y convivían el uno al lado del otro en la más perfecta e inquebrantable armonía. De manera que lo que el Plan presenta como una conquista o reivindicación no es más que la continuación de un estado de cosas existente con anterioridad. En el sano ambiente que recordamos no tenía cabida, pues, el funesto concepto de la «lucha de clases» ni como crudo hecho ni como falsa doctrina. Y digo «falsa» porque la lucha de clases no es el acaecer esencial y determinante que pretende el materialismo histórico, por más que se llame dialéctico, ya que es sólo una entre las tantas formas de lucha en que se desenvuelve la vida de los seres. Y digo «falsa» todavía porque si bien esa lucha pudiera ser cierta en un sentido animal o biológico, es función específica del espíritu humano superar ese orden inferior de vida proyectando los valores de un mundo mejor.

Se ha dicho con razón que es menester no entender el liceo; como simple antesala de la Universidad, que su misión para ser completa tiene que ser más amplia; pero es el hecho que debe necesariamente preparar a los jóvenes para que ingresen a la universidad; y, aunque lo que voy a expresar parezca un descenso a pequeños detalles, se trata, sin embargo, de detalles que, fuera de ser importantes para valorizar una cultura general, suelen traer muchos sinsabores a profesores y estudiantes y a estos últimos, además, no pocos fracasos. No puedo silenciar aquí que los profesores universitarios se quejan continuamente

de la defectuosa preparación con que los bachilleres liceanos llegan a la universidad. Llegan, dicen los profesores, sin suficiente madurez intelectual, no saben expresarse verbalmente y menos por escrito, forma en que las deficiencias caligráficas, ortográficas y de sintaxis suelen resaltar con relieve desesperante; llegan carentes de las nociones fundamentales en las principales ramas del saber, en los fastos de la historia patria, y sin la capacidad, de traducir por lo menos el inglés y el francés, idiomas indispensables para ahondar en estudios de todo orden.

Pero volvamos, para terminar, a la consideración de una actitud general ante la esfinge perdurable que es la vida. No se concilia con su prodigiosa misión que el educador sea pesimista ni menos aún, dicho sea de paso, existencialista, que es como caer en una especie de pesimismo recargado de sombras. Si el profesor no une a su mayor sabiduría y experiencia algo de la ingenuidad y confianza esperanzada de las almas jóvenes no podrá ser conductor de esas almas. No tendrá la virtud del verdadero maestro, según la idea de Bergson, de infundir en los demás por acción mística, una moral dinámica. Será racha helada agostadora de brotes nuevos.

Vivimos en un mundo del cual para caracterizarlo se acentúan sobre todo sus condiciones de inestabilidad social, política y económica. Lo que, como resultado, hace que los hombres de esta época sufran con demasiada frecuencia de inquietud, angustia y neurosis. Pero el espíritu humano, eterno navegante hacia lo desconocido e infatigable buscador de asideros permanentes, no cesa, al lado de los escépticos y decepcionados, de concebir valores que vayan alumbrando las rutas de la vida. Aldous Huxley, esa inteligencia modernísima, ha remozado en un libro reciente la idea de una «filosofía perenne». Si bien es posible que muchos duden de la noción básica que él sustenta de un substrato primitivo de naturaleza espiritual y divina, menos posible es dudar de la bondad del afán humano que quiere hacer del bien, del amor y de la justicia una filosofía perenne. Ahí



están los estadistas de la tierra esforzándose por establecer sobre bases durables la paz universal. Poco cuesta corear tan noble faena. Es una labor casi literaria y académica. Pero dentro de ella, en la busca de la realización de los valores supremos, hay otra que puede no ser simple garrulería sino empeño acendrado y eficaz: dentro del amor casi platónico a la paz universal el amor real y puro a la paz nacional. Los designios del tiempo señalan esa misión a los educadores de la hora actual. Si llenamos nuestros corazones de ese sentimiento como un imperativo capaz de encender todas las almas, reharemos a Chile dándole al trabajo, único resorte eficazmente salvador, el solo ambiente en que es fecundo y fructífero, el ambiente propicio de la armonía entre sus hijos.

#### DISCURSO DE LA SEÑORITA IRMA SALAS

Iniciamos hoy una nueva etapa en el proceso de renovación de nuestra segunda enseñanza. Empezamos en 1945, por la concepción y formulación teórica de la reforma, al mismo tiempo que informábamos al profesorado y a la opinión pública, en la consulta más amplia que se haya hecho nunca entre nosotros, sobre las nuevas ideas y técnicas educacionales que constituyen el Plan de Renovación de la educación secundaria; seguimos, en febrero de 1946, en los cursos para profesores secundarios organizados en Valparaíso, la etapa de propagación entre el profesorado del nuevo ideario pedagógico y de preparación intensiva del mismo para una comprensión adecuada de la nueva orientación del liceo.

Durante el año 1946, llevamos a la práctica, en la realidad de la vida escolar de cuatro liceos de Santiago y en los cursos de enseñanza media de la Escuela Consolidada de San Carlos, las ideas y técnicas que informan el Plan de Renovación de la educación secundaria. Al término del año, hemos hecho la evaluación y autocrítica de nuestro trabajo, a fin de perfeccionar y

consolidar todas aquellas realizaciones que hayan probado su indiscutible valor educacional y proceder a su extensión a otros liceos.

Pues bien, por segunda vez os convocamos para la propagación del nuevo credo pedagógico y para prepararos para vuestras nuevas funciones educacionales; pero, esta vez nos precede la rica experiencia de un año fecundo en realizaciones de valor. En efecto, en un año hemos llevado a cabo una tarea sin precedentes en nuestra historia educacional: hemos puesto en marcha una nueva doctrina pedagógica, no sólo en teoría, sino en la realidad de la vida escolar de los liceos sometidos al Plan. Nuestra labor ha comprendido, desde la instalación y organización de nuestras oficinas en Santiago, la organización de dos liceos nuevos de acuerdo con las modalidades del Plan y la transformación de otros dos establecimientos secundarios en Santiago; la aplicación de un nuevo plan de estudios y la introducción de ramos electivos; la preparación de programas para todas las asignaturas del liceo en sus líneas generales de 1er. a 6.º año y en detalle, y a base del sistema de unidades de trabajo para los cursos de 1.º y 2.º; la aplicación de técnicas modernas de evaluación del trabajo escolar; el establecimiento de los servicios de orientación y de actividades educativas generales; la organización de centros de padres; el perfeccionamiento constante del profesorado; la crítica y evaluación de nuestro propio trabajo, etc. Son algunos de los magníficos frutos logrados en este primer año de aplicación del Plan de Renovación Gradual de la Educación Secundaria.

Y esta extraordinaria empresa se ha realizado con dificultades de todo orden, en las condiciones materiales más precarias, con escasísimos elementos y con excesivo recargo de trabajo para el profesorado. Esta magna tarea ha sido posible solamente gracias a la labor inteligente, entusiasta, abnegada y constante de todos y de cada uno de los profesores afectos al Plan y por ello les estamos profundamente agradecidos.

Cuando el año último abandonamos la Universidad Santa María, seguramente pocos dudaban de la validez del nuevo credo pedagógico, pero tal vez un número mucho mayor abrigaba serios temores respecto a las posibilidades de ponerlo en práctica con buen éxito en nuestro liceo. Hoy podemos declarar, con satisfacción, que hemos llevado a feliz término nuestro cometido y que hemos demostrado, con la autoridad que dan los hechos, que el Plan de Renovación Gradual de la Educación Secundaria responde a nuestra realidad social y pedagógica, y la prueba más evidente de la fuerza de nuestros ideales y del valor de nuestras realizaciones en esta magna concentración de lo más selecto del profesorado secundario chileno que por segunda vez se reúne en una jornada de estudio y perfeccionamiento.

Las realizaciones logradas con la aplicación del Plan de Renovación de la Educación Secundaria responden a la necesidad de readaptar la escuela secundaria a las nuevas condiciones sociales. No pretendemos romper con el pasado, sino al contrario, preservar todos los valores, que, como la cultura general y otros, son esenciales al liceo chileno y abandonar solamente aquellos ya caducos, como la uniformidad, el intelectualismo, etc. que, aunque sancionados por la tradición, impiden la readaptación del liceo a las nuevas condiciones de la vida social. Al efectuar estas transformaciones queremos intensificar y extender la obra democratizadora de una institución centenaria que ha hecho posible, en nuestro país, el desarrollo de una clase media educada con los consiguientes beneficios para nuestra evolución política y social, pues nuestro propósito, hoy como ayer, es extender las ventajas de la segunda enseñanza a grupos cada vez más numerosos de la sociedad y ampliar, así, las bases de nuestra democracia. Naturalmente, esta ampliación de las oportunidades de recibir educación secundaria a nuevos sectores de la población, exige cambios profundos en las finalidades y en la estructura del Liceo. Estos cambios, tales como el establecimiento de un plan diferenciado, de programas funcionales, y otros, tienden, sin

embargo, a cumplir los mismos propósitos del liceo tradicional, es decir, desarrollar la cultura de la nación, incorporando a ella al mayor número posible de los jóvenes.

Pretendemos también redefinir nuestro concepto del humanismo a la luz del pensamiento educacional, contemporáneo y de las realidades de nuestra época, y preparar, no sólo una élite intelectual a la cual prejuicios aun dominantes atribuyen una situación de privilegio en la sociedad, sino también formar individuos preparados en los más variados campos de la actividad, es decir, nos proponemos favorecer el desarrollo de personalidades sobresalientes en los distintos sectores de la actividad humana. Así evitaremos que siga malográndose, por una parte, la gran tradición cultural, al obligar a todos los jóvenes que concurren al liceo a adquirir una formación cultural de tipo exclusivamente académico, sin considerar sus intereses ni sus aptitudes. Así evitaremos, también, que, encerrando a todos en el marco rígido de la uniformidad, sigan malgastándose sin medida los variados talentos humanos de que disponemos.

Aspiramos a una formación de cultura general capaz de favorecer el desarrollo integral de los jóvenes y de promover la unidad espiritual de la nación, que se complete con una formación cultural diferenciada de acuerdo con las aptitudes y los intereses del individuo y que satisfaga las variadas exigencias de la vida económica y social.

Por lo demás, en nuestra revisión del liceo chileno no hemos hecho otra cosa que ponernos a tono con la evolución de la educación secundaria en el mundo e interpretar, para nuestro medio, el nuevo sentido de la cultura y de las humanidades que han definido pensadores eminentes de América y de Europa, tales como Dewey, Manheim, Langevin, Wallon y otros.

En nuestra labor nos ha sostenido siempre el apoyo entusiasta y cálido de la mayor parte del profesorado secundario chileno que nos ha dado la impresión de ser sus intérpretes en la

etapa inicial de esta noble tarea de renovar el liceo y de forjar mejores destinos para Chile.

El Plan de Renovación representa el movimiento de avanzada de la educación secundaria. Constituye el laboratorio en que se ensayan las nuevas ideas y técnicas, el campo de experimentación en que se prueban teorías y procedimientos; en suma, el factor indispensable en todo progreso serio en materia de educación. Un sistema escolar que posee semejante medio de confrontación de la teoría con la práctica, de las ideas con la realidad, tiene ilimitadas posibilidades de perfeccionamiento y es el único que puede convertirse en instrumento capaz de promover el advenimiento de una sociedad más justa y más feliz. Sólo así puede llevar realmente en sí mismo la semilla de su propia y constante renovación.

La presencia en este acto del señor Ministro de Educación y del señor Director General de Educación Secundaria adquiere especial importancia, pues existe entre el profesorado y las actuales autoridades escolares salidas de sus propias filas, una identidad de aspiraciones educacionales y una misma concepción del liceo. Este hecho nuevo y singular es especialmente significativo. Es un estímulo para nuestro trabajo, e impone a todo el magisterio chileno el compromiso de superar sus esfuerzos por mejorar nuestro sistema de enseñanza y transformarlo en el instrumento de avance social que el país necesita.

Señor Ministro, Señor Director General: por haber querido honrarnos con vuestra presencia os estamos profundamente agradecidos.

Emprendemos estas jornadas de estudio juntos con la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Esta asociación refleja, tanto el nuevo espíritu de la Facultad como la comunidad de aspiraciones y de ideas que existe en nuestras dos instituciones. Ella representa, por una parte, el deseo de la Facultad de contribuir al perfeccionamiento de sus egresados, y, por otra, un reconocimiento de la necesidad de

mejorar la formación del profesorado secundario en armonía con la nueva orientación del liceo.

La celebración de estos cursos en la ciudad de Concepción no habría sido posible sin la generosa ayuda de esta ilustre Universidad, y muy en especial de su eminente Rector y de su prestigiosa Facultad de Educación, que nos han concedido todas las facilidades de locales, equipo y material necesarios para el funcionamiento adecuado de los cursos, y que comprometen nuestra gratitud con la gentileza y cordialidad de su acogida.

En Concepción tenemos otra deuda de gratitud con la Comisión, presidida por el señor Vicerrector del Liceo e integrada por directores de liceos fiscales y particulares, que tuvo a su cargo la ingrata tarea de preparar el hospedaje y la organización material de los cursos.

A las autoridades y al profesorado de esta culta ciudad de Concepción que en una u otra forma han contribuido al buen éxito de estos cursos, vayan también nuestros agradecimientos.

Por último, formulo votos por que se realicen nuestras labores con entusiasmo y alegría, y podamos decir, al término de la jornada, que hemos enriquecido nuestras vidas en la amable convivencia con nuestros compañeros y en la realización de una tarea noble e importante.